

DP 66

L3

v. 2



ACERCA DE ESPAÑA

63878

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

PARTE PRIMERA.

LIBRO II.

CAPITULO IV.

SERTORIO.

Desde 133 antes de J. C. hasta 73.

Paz que siguió á la destruccion de Numancia.—Q. Cecilio Metelo conquista las Baleares.—Nuevas insurrecciones.—En la Lusitania.—En la Celtiberia.—Sus causas. Su fin.—SERTORIO.—Quién era, y cómo vino á España.—Primera y desgraciada campaña de Sertorio.—Pasa á Africa.—Vuelve llamado por los lusitanos.—Su conducta con los indígenas.—Mútuo amor entre los españoles y el caudillo romano.—La cierva blanca de Sertorio.—Triunfos y progresos de este insigne romano.—Crea en España senado, universidad, ejército y gobierno á la romana.—Unesele por aclamacion el ejército de Perpenna.—Viene contra él el Gran Pompeyo.—Vicisitudes de la guerra.—Victorias de Sertorio.—Desvanecimientos de Metelo.—Ridículas faras.—Apurada situacion de Pompeyo y engrandecimiento de Sertorio.—Edicto de Metelo pregonando su cabeza.—Traicion y alevosía de Perpenna.—Muere Sertorio asesinado.—Merecida muerte de Perpenna.—Heróica defensa de Calahorra.—Sométese la España á Pompeyo.

Destruida Numancia, quedó España por mas de veinte años en paz: no la paz de la conformidad y de la resignacion, ni menos la paz del contentamiento,

sino aquella especie de inmovilidad en que queda un pueblo aterrado con ejemplos de altas venganzas. Continuaron los romanos teniéndola sometida á un gobierno militar, como país conquistado, si bien alteraron algo la forma dividiéndola en diez distritos bajo la inspeccion de otros tantos legados. Si bajo la opresion en que vivian los españoles se levaptaban algunas bandas armadas y recorrían el país, tratábanlas como á partidas de salteadores y bandidos, y como á tales las califican los historiadores romanos, ¿Quién sabe si aquellos hombres obrarian á impulso de mas nobles fines? ¿No habian llamado tambien á Viriato un bandido? Pero estas partidas fueron fácilmente esterminadas. El resto de España callaba y sufría.

El único suceso de importancia que de este tiempo nos han dejado consignado las historias, es la expedicion del cónsul Q. Cecilio Metelo á las Baleares, cuya conquista le valió el sobrenombre de Baleárico. No sin resistencia se dejaron subyugar los célebres honderos mallorquines, pero una vez vencidos, aquellos rústicos isleños que hasta entonces habian habitado en grutas campestres, fueron atraidos á la vida civil y sometidos á un gobierno regular. Palma y Pollencia se hicieron al poco tiempo ciudades romanas.

Aquella quietud en que habian quedado los españoles hubiera podido ser duradera, si los gobernadores romanos hubieran tratado con mas consideracion

y miramiento á los vencidos. Pero volvieron al antiguo sistema de las exacciones, de las violencias y de las rapiñas, y los españoles que tampoco tenían sino amortiguados los antiguos instintos de la independencia, y la inveterada aversion á la coyunda romana, alzaronse de nuevo, siendo los primeros á renovar la lucha los fieros é indomables lusitanos (109). Quince años la sostuvieron contra los Pisones, los Galbas, los Escipiones, los Fulvios, los Silanos, y los Dolabellas, con varias alternativas y vicisitudes, hasta que agotados primero los hombres que el valor, fuéle ya fácil á Licinio Craso enseñorear un país casi yermo ya de guerreros.

No se habia sometido aun la Lusitania, cuando estalló nueva insurreccion en la Celtiberia (99). El senado romano tuvo el mal tacto de encomendar su represion á Tito Didio Nepote, que vino á cometer los mismos desafueros, desmanes y felonías de que habian dejado tan triste memoria los Lúculos y los Galbas. No decimos esto por la astucia con que ganó la primera batalla sin haber vencido⁽⁴⁾; ni porque destruyera la ciudad de Termes, siempre hostil á los romanos, y obligára á sus moradores á bajar á habi-

(4) En el primer encuentro que tuvo con los celtiberos murió mucha gente de una y otra parte, pero la victoria habia quedado indecisa. Llegó la noche, y Didio hizo retirar silenciosamente del campo los cadáveres romanos. Cuando al amanecer del dia siguiente observaron los celtiberos que casi todos los muertos que yacian en el campo de batalla eran españoles, creyeronse vencidos y se le rindieron. Hasta aqui solo hay un ardid de guerra. App. de Bell. Hisp.

tar en la llanura; ni porque rindiera á Colenda (hoy Cuellar), despues de siete meses de asedio. Comenzó sus demasías vendiendo como esclavos á los valerosos habitantes de Cuellar, sin esceptuar las mugeres y los niños. Llamó despues á los moradores de las vecinas comarcas, algunos de los cuales por su estremada pobreza dicen se habia dado á robar, ofreciendo repartirles el territrrio de la ciudad vencida. Acudieron aquellas gentes bajo la fé de su palabra á cultivar las tierras que á cada uno habian tocado, y cuando los tuvo á su disposicion los hizo degollar á todos bárbara y alevosamente (1). ¡Así civilizaban ellos la España! ¡Y á los que se levantaban á vengar tamañas iniquidades los llamaban bandidos y salteadores! Esta perfidia no impidió que su ejecutor triunfase en Roma.

Ocurrió por entonces (98) un suceso que fué causa de que empezára á sonar en España el nombre del ilustre personage con que hemos encabezado este capítulo, y que ejerció influjo grande en la condicion social de la península española. Altamente incomodados los habitantes de Castulon con los escesos y desenfrenada licencia de la guarnicion romana (que su mismo gefe no podia reprimir), determinaron, de acuerdo con los gerisenos, sus vecinos, vengar la insolencia de aquella soldadesca licenciada. En una noche de invierno, cuando los soldados reposaban descansando

(1) Id. p. 535.—Tit. Liv. Epist.—Eutrop. lib. IV.

de los escesos del dia, cayeron sobre ellos los castulonenses, y ejecutaron no poca mortandad y estrago. Entre los que lograron salvarse huyendo de la ciudad lo fué el jóven Q. Sertorio, que los mandaba en calidad de tribuno. Reunió Sertorio á los fugitivos, y con ellos revolvió arrojadamente sobre la ciudad, que sorprendida á su vez pagó con las vidas de muchos de sus hijos el atrevimiento de la noche. Sabedor de la complicidad de los gerisenos, dispúsose tambien á castigarlos, y disfrazando á sus soldados con los vestidos de los mismos habitantes de Castulon, encaminóse á la ciudad vecina, que tomándolos por sus amigos les franqueó sin dificultad las puertas. Una vez dueño de la poblacion, la escarmentó con todo el rigor de las leyes de la guerra. Así aquel Sertorio, á quien despues habremos de ver tan dulce, tan humano, tan amigo de los españoles, comenzó su carrera en España con dos sangrientas ejecuciones. ¡Tan familiarizados estaban entonces los romanos con la crueldad! Y en verdad que en aquella ocasion los españoles habian dado justo motivo á su resentimiento.

Desde España fué destinado este Sertorio á cuestor de la Galia Cisalpina, donde se hizo ya notable por su valor. En aquella campaña perdió un ojo, cuya circunstancia hizo decir á Plutarco: «Sertorio..... tuerto como Anibal, como Antigono y como Filipo, á ninguno de ellos fué inferior en claridad de entendimiento, pero lo fué á todos en fortuna, que le fué mas adver-

sa que á sus enemigos (4).» En la famosa guerra civil que estalló en Roma entre Mario y Sila, guerra en que España se mantuvo neutral, limitándose á dar hospitalidad á los emigrados de uno y otro bando, Sertorio, ya por ódio á la tiranía, ya por resentimiento hácia la facción de Sila que le habia rehusado el consulado, se declaró por el partido de Mario, sin que por eso aprobára nunca sus sanguinarios excesos. Cuando Sila se hizo dueño de Roma, Sertorio fué comprendido en la proscripción de aquel tirano. Entonces se refugió á España, así por buscar en ella un asilo, como para suscitar aquí enemigos á Sila. Sertorio era sagaz, y conocia el secreto de ganarse el afecto de los españoles, secreto reducido á tratarlos bien y á ser generoso con ellos. Comenzó por ayudarlos á sacudir el yugo de los codiciosos pretores, y con esto se atrajo á varias ciudades de la Celtiberia, que olvidando el antiguo hecho de Castulon, le reconocieron por pretor de la provincia. Dedicóse á aliviarles los tributos, acuarteló las tropas para relevar á los pueblos de la incómoda y pesada carga de los alojamientos, y con otras semejantes medidas logró encender en los pechos españoles la misma llama que ardia en el suyo contra la tiranía de Sila; y habiéndosele agregado muchos romanos de los que habia en España enemigos del dictador, juntó un ejército de nueve mil

(4) Plut. Vit. Sertor.

hombres con que se puso en actitud de hacer frente al dominador de Italia.

Noticioso de esto Sila, despachó contra él á Cayo Annio por las Galias con grande ejército. Sertorio por su parte envió á Livio Salinator con la mayor fuerza del suyo para que le interceptase el paso de las gargantas de los Pirineos. No se atrevió Annio á disputar á los soldados de Sertorio aquellos desfiladeros. En su lugar recurrió á la traicion. Annio era digno lugarteniente de Sila. Logró ganar con dádivas á uno de los que militaban en las filas enemigas, el cual asesinó traidoramente á su gefe. Con esto sus tropas se desbandaron, pasándose unas á Annio y volviéndose otras á Sertorio, que no pudiendo sostenerse en España con el pequeño ejército á que quedaba reducido, determinó pasar á Africa. Siguióle Annio con una flota que sacó de Cartagena. Desde entonces se ve á Sertorio correr todos los azares de la suerte de un aventurero, ya apoderándose momentáneamente de Ibiza, ya dispersada por una borrasca su pequeña flotilla, ya meditando pasar á las islas Afortunadas, y ya volviendo á Africa, donde ganó algunos triunfos contra las tropas que allí enviaba Sila.

En tal situacion recibe un mensaje de los lusitanos, convidándole á que viniera á ayudarlos á sacudir la tiranía romana. Con gusto accedió Sertorio á una solicitud que le proporcionaba ocasion y medios para combatir al tirano. Embarcóse pues con dos mil

quinientos soldados y setecientos auxiliares de Africa, y burlando la vigilancia de los que en la costa bética intentaron impedir su desembarco, consiguió incorporarse con un cuerpo de cinco mil lusitanos que le esperaba (81). Mas afortunado ahora que la vez primera en los diferentes encuentros que tuvo, hallóse al poco tiempo el proscrito de Sila dueño de una gran parte de la Bética, de la Lusitania y de la Celtiberia. Con siete mil hombres batió á cuatro generales romanos. Con estas hazañas y el amor que mostraba á los españoles, corrían estos gustosamente á alistarse en sus banderas. Veían en Sertorio un general de talento, de arrojo, de carácter amable, y aunque extranjero, protector de su libertad; porque él les repetía frecuentemente que no descansaría hasta librar la España de la opresion en que tan inmerecidamente gemía: que él mismo no tenía ya mas patria que España, y que ó la fortuna y los dioses le habían de ser muy adversos, ó había de verla una nacion grande, independiente y libre. Creíanle los españoles, porque estas palabras venían del hombre que cuando fué pretor les había rebajado los impuestos, y sobre todo porque las obras iban guardando consonancia con las promesas. El organizó y equipó el ejército español á la romana, y supo lisongear su orgullo dándoles hasta brillantes armaduras y lujoso vestuario. El botin lo distribuía íntegro entre los soldados no reservando nada para sí. Era un Viriato, que

reunía además la política de la civilización romana.

Conociendo el influjo que lo maravilloso ejerce sobre los pueblos todavía rudos, tenía y llevaba siempre consigo una cierva blanca, á imitación de Numa y de la ninfa Egeria, y á ejemplo del mismo Mario y de la muger siria que le acompañaba siempre. Persuadió Sertorio á los sencillos y supersticiosos españoles que por medio de la cierva se comunicaba con los dioses, y principalmente con Diana. Hízoles creer que la cierva le revelaba los secretos del porvenir, y cuando por sus espías sabía anticipadamente algun suceso favorable, aparecía la cierva coronada de flores, como fausto agüero de un acontecimiento próspero. Diestramente amaestrada, acercábasele entonces al oído, como para inspirarle la resolución que debería tomar. Miraban los españoles la misteriosa cierva con el mas religioso respeto (1).

No podía el orgulloso Sila soportar en paciencia el engrandecimiento y prestigio que Sertorio iba tomando en España. Derrotados los generales que contra él había enviado, fué preciso que viniera el viejo Metelo Pio, acreditado por su prudencia, que se había hecho hasta proverbial. Pero Sertorio era mas joven, era vigoroso y ágil; sus tropas, aunque inferiores en número, peleaban con el denuedo de quien defiende su libertad, tenían fé en su caudillo, y estaban acostum-

(1) Existen monedas del tiempo de Sertorio, en cuyo reverso se ve la figura de una cierva.

bradas á guerrear sin provisiones, sin tiendas y sin embarazos. Conocedor de todos los pasos y senderos, tanto como el mas práctico cazador del pais, sabia atraer al enemigo con sus tropas ligeras allí donde las pesadas legiones romanas no podian maniobrar libremente, ó donde conocia que habia de faltarles el agua ó los víveres. Entouces caia de repente sobre ellas con sus españoles. Asi fatigó al anciano Metelo, que no pudo resistir los efectos de tan sábia táctica. Puso Metelo sitio á Lacobriga, y cortó las aguas á los sitiados. Sertorio tuvo astucia para introducir en la ciudad hasta dos mil cueros llenos de agua, con otros bastimentos. Obligóle á levantar el sitio, y le derrotó en la retirada. No pudo Metelo hacer que progresára en España la causa del dictador.

La parte militar no era solo de lo que cuidaba Sertorio. Tan político como guerrero, quiso hacer de España una segunda Roma. Dividióla al efecto en dos grandes provincias ó distritos; *Evora*, donde él tenia habitualmente su residencia, era la capital de la Lusitania: á *Osca* (hoy Huesca) hizo capital de la Celtiberia. En *Evora* estableció un senado compuesto de trescientos senadores, en general romanos emigrados (1): este senado ejercia la potestad suprema sobre

(1) «Ordenó, dice Mariana, un senado de los españoles principales.» Lib. III, cap. 12. En casi todos los escritores hemos hallado que aquel senado se compuso de romanos exclusivamente, y aun añaden que esto fué causa de que los españoles empezáran á disgustarse de Sertorio. Todo induce á creer que si algun español pudo ser admitido en aquella asamblea, la gran mayoría por lo menos de-

ambas provincias, y tenia bajo su dependencia pretores, cuestores, tribunos, ediles y demás magistrados á estilo de Roma. Lo único que no tomó de su ciudad natal fué un título para sí: modestia, ó política, es lo cierto que no quiso intitularse ni emperador, ni dictador, ni aceptar otro dictado que significase suprema magistratura. En *Osca*, ó Huesca, creó una escuela superior, especie de universidad, donde se enseñaba la literatura griega y latina á los jóvenes de las principales familias españolas. Esta educacion, que equivalia á un privilegio aristocrático, daba el nombre y derechos de ciudadanos romanos, y abria el camino á las magistraturas y á los cargos públicos. El mismo Sertorio solia asistir á los exámenes de esta escuela, y distribuir por sí mismo los premios de aplicacion. Este instituto, al mismo tiempo que servia para ir civilizando á los españoles, servíale tambien para tener allí reunida y como en rehenes la juventud mas distinguida de España. Sin embargo, ¿qué mas hubiera podido hacer ningun español? ¿Y cómo no habian de amarle los españoles, sin mirar que fuese romano?

Vínole á Sertorio un refuerzo de donde menos lo podia esperar. Otro romano proscripto por Sila, Perpenna, que habia vivido retirado en Cerdeña, encontróse por la muerte de Lépido al frente de veinte mil

bió ser de romanos, asi por su mayor ilustracion, como por ser sabido que Sertorio en el fondo de su corazon se conservó siempre romano, y que su defecto para España fué no haber querido renunciar nunca á ser ciudadano del Tiber.